

Instrumento eficaz del poder externo, la familia despliega una serie de estrategias para demoler la resistencia y el poder paralelo del caudillo: demuestra cómo cortar de cuajo la vida nómada del gaucho sin que medie alguna instancia de represión descubierta. En síntesis, sirve al doble fin de sacar de la escena política un factor de poder y sustituir el espacio de la autonomía política por el de la autonomía doméstica: «El juez es naturalmente algún famoso de tiempo atrás a quien la edad y la familia han llamado a la vida ordenada».⁹

Las instituciones influyen de manera decisiva en el proceso social mediante la utilización de un conjunto de contenidos que se transmiten de generación en generación. La operación de selección de algunos contenidos que son calificados de «tradiciones auténticas» deja afuera otros que no convienen a ciertos intereses específicos: su enseñanza tiende a la socialización que es un modo particular de incorporación.

Al privilegiar determinadas tradiciones en detrimento de otras, las instituciones dan coherencia a una versión del pasado en la que entrevén principios rectores del presente así como líneas de continuidad para el futuro. En manos de las instituciones que las difunden esta reserva social conecta pasado, presente y futuro.

En la biografía de la barbarie el ejército es depositario de las tradiciones de Mayo. Sarmiento le otorga dos funciones claves: difusor ideológico y centro viviente de los postulados revolucionarios y unificador político. A falta de autoridades nacionales constituidas, ese valor está puesto en la institución. El ejército que emerge primero como grupo de referencia, instancia social a la que adhieren los individuos voluntariamente, conforma también un factor de presión que actúa sobre el enemigo quitándole las iniciativas.

Hay en el género una increíble supervivencia de la historia de la patria preservada por la institución. El ejército resguarda los intereses colectivos y es el brazo armado de los ideales de Mayo. Cuando Sarmiento opone al ejército nacional los ejércitos provinciales atará el nudo cuestionador en torno al accionar por motivos particulares. La operación precipita al otro en la ilegalidad puesto que la legalidad arraiga en la preocupación por la colectividad. Los textos insisten: los caudillos hacen su propia revolución movidos por un espíritu anárquico.

Si confrontamos las palabras tendremos, por lo menos, el centro del debate, la lucha por apropiarse y reclamar para sí las tradiciones de Mayo. Basta recorrer las páginas escritas por algunos jefes provinciales para comprobar que los ideales eran compartidos por ambos bandos; basta escuchar la voz de Peñaloza para interiorizarse en la contienda ideológica: «[...] la sangre argentina debe economizarse, como los frutos de una paz verdadera y benéfica para todos; lleváis la enseña de la ley, del venerado Código de Mayo».¹⁰ Basta leer la fórmula con la que los gobernadores federales encabezaban la

⁹ Facundo, p. 57.

¹⁰ Citado por D. de la Vega Díaz, Mitre y el Chacho, *La Rioja*, 1939.

correspondencia oficial para concluir que los caudillos se consideraban en una línea de continuidad respecto de 1810.¹¹

En esta pugna por las tradiciones, la biografía es el género que consigna las tradiciones rechazadas mientras que la autobiografía recoge las tradiciones aceptadas.

Pero esta fetichización del ejército conduce a una militarización total de la escritura. El código militar es una fuerza de irradiación que regula cada fragmento del mundo textual. Las normas institucionales derivan en una lógica de subordinación que rige las relaciones sintácticas y semánticas de los relatos.

Bajo los juicios morales harto evidentes actúa esta lógica militar. En ella se atrinchera el manifiesto programático de: un tipo específico de inserción social, una organización política fundada en el sometimiento, un uso de las fuerzas productivas, la adopción de un pensamiento oficial, una versión de la historia y de la cultura, en fin un modo de producción de bienes materiales y simbólicos.

La normalización militar de la nación: ésta es la consigna que despliega la biografía. Pensemos en esos cuerpos corajudos que deben ser dominados y en ese lenguaje al que hay que aniquilar; ¿acaso no están metaforizando el grito de «subordinación y valor para servir a la patria»?

Sarmiento reforzó el retrato verbal del otro con el retrato fotográfico. Después de la batalla de Caucete, el gobernador hace fotografiar a las fuerzas chachistas; la imagen insiste en la versión que ha presentado. Documento para exportación, el sentido que diseña la imagen reduplica el mensaje verbal: sucios, mal vestidos y peor armados la fotografía dice que esos *no* son soldados. Si la vestimenta «traduce» los valores de una cultura, los que Sarmiento les da coincide con los harapos que cubren los cuerpos gauchos.

La imagen transportable asegura el adelgazamiento de las fronteras lingüísticas. La composición hecha para el mundo europeo transparenta el mensaje que se quiere transmitir: la homologación de las montoneras con la categoría de barbarie. La imagen es una síntesis que desborda significados; no es símbolo sino la presencia misma, la reproducción del concepto.

Hay un uso social que se agrega al objeto plasmado en la imagen. La fotografía recorta, reduce la totalidad humana a la apariencia exterior. El objeto seleccionado hace visible formaciones sociales anacrónicas que aún subsisten. En los puntos de intersección entre el pasado que se niega a desaparecer y el presente —ejército ataviado a la europea— surge el gesto que invalida las tradiciones montoneras.

Sarmiento presenta una tradición deformada, jibarizada a nivel de la vestimenta. El ejército nacional toma a cargo la segunda versión de la tradición guerrera. En estos cuerpos bien provistos encarna el mito del coraje gaucho: el cuerpo expuesto a las heridas es tema para la apología. No obstante hay en este ejército una ausencia: los cuerpos eclipsan el pensamiento. El ideal es un ejército de cuerpos que luchan dirigidos en sus fines por cabezas que piensan.

¹¹ La fórmula que encabezaba la correspondencia señalaba tres hitos históricos: «La Rioja, junio de 1848. Año 39 de la Libertad, 33 de la Independencia y 19 de la Confederación Argentina». Carta de Bustos al gobernador de San Juan, citada por Châvez, op. cit., p. 238.

La relación del cuerpo y del lenguaje del otro con las instituciones cabe en un esquema que tiende a despejar cualquier ambigüedad:

INSTITUCIONES

Esfera del otro		Esfera propia
cuerpo	lenguaje	pensamiento
descalificación-apología	descalificación-apología	apología
LEY DEL OTRO	LEY ESCRITA-DOCUMENTOS (constitución) (propios)	LEY NATURAL-RAZÓN (ajenos)

La cárcel del cuerpo

Hay en la biografía un interjuego de leyes que, recalando en el cuerpo o en el intelecto, ejemplifican los comportamientos sociales que definen la órbita de cada contendiente.

La ley consuetudinaria es para Sarmiento una ley bárbara. Sus acciones se cifran en la violencia practicada sobre el cuerpo propio o ajeno. Es la ley que impera en los hechos de sangre, en el juego, en el trato brutal con las mujeres y en las borracheras.

Oponiéndose a esta ley, existe la que emana de las instituciones. Identificada con la razón, provee el instrumento primero para la consolidación de un orden. Sin embargo, en el Chacho, Sarmiento introduce una diferencia axial en el concepto desde el momento en que la ley escrita, la constitución, no coincide con la razón. El viraje que convierte la constitución en letra muerta, sirve simultáneamente de estrategia de ataque contra el enemigo coyuntural, Mitre. Frente a una teorización desgajada de la realidad, el narrador esgrime un argumento que libera a su gobierno de toda culpa, que justifica la ejecución del caudillo: la racionalidad se asienta en el imperativo de un orden social que se fusiona aquí con el orden de la naturaleza.

En la escala de valores que pergeñan los relatos, el lugar supremo corresponde a la razón. Ese lugar subordina e indica cuáles son los lugares que competen a los demás integrantes del mundo textual.

Así sólo al cuerpo sometido a la razón se le denomina heroico. El atributo se gana por la relación de dependencia que mantiene el objeto respecto de su fundamento. Aun cuando el narrador hable del coraje físico que prevalece en la esfera del otro, el valor superlativo se encuentra siempre angostado por una sintaxis que alterna lo positivo con lo negativo. La contigüidad conmociona la apología mediante un elemento perteneciente al campo enemigo o al propio que nivela y relativiza. Los ejemplos se multiplican: el arrojo de Aldao en la lucha contra los españoles está atenuado por un comentario que conjetura intenciones oscuras del caudillo hacia su jefe; al cuerpo esquivo de Aldao que se fuga de la batalla opone la actitud valiente de Benavídez. En *Fa-*